

PASAPORTE COVID

No es un problema de vacunas, sino de idolatría

VIDA Y BIOÉTICA

11_08_2021



**Luisella
Scrosati**



Ya es una tendencia mundial: a medida que aumenta la presión de los países sobre sus ciudadanos con el pasaporte covid, crece la resistencia y se alimenta la fuerza para luchar. Con cada restricción que se impone, aumenta el número de los que no quieren abdicar de su responsabilidad para con sus hijos, con la sociedad, con la historia. Y ante

Dios.

Cada vez hay más personas sencillas que comprenden, o incluso sólo intuyen, que lo que está en juego en esta agresión sistemática no es la libertad de ir al bar o al restaurante; ni siquiera es la libertad de vacunación: es la libertad de existir como hombres dignos de ese nombre.

Nos encontramos con normativas cada vez más gravosas en cuanto a su contenido y estatus normativo, que establecen de hecho que quien no ceda el derecho sobre su cuerpo al Leviatán quedará de hecho excluido de la simple vida social e incluso de la posibilidad de ganarse la vida con su trabajo. Un derecho sobre el cuerpo que se extiende a un control capilar de la persona, porque las personas “libres” para poder comer en restaurantes, viajar, asistir a la universidad o enseñar; en definitiva, las personas que posean el mágico código QR enviarán datos personales al respectivo Ministerio de Sanidad, y quizás sean gestionados por empresas privadas. Una nueva omnisciencia está a las puertas.

Esta grupo elegido de ciudadanos ha entendido, por tanto, que lo que está en juego no es una determinada libertad para hacer o rechazar algo más o menos importante, sino precisamente la libertad de seguir existiendo como hombres libres que han decidido no doblar la rodilla ante el Leviatán. Una libertad que es el fundamento y la condición de toda acción posterior, incluida la necesaria para poner el pan en la mesa.

Sin embargo, las numerosas y crecientes críticas y oposiciones a esta locura colectiva no consiguen ir más allá del plano jurídico, científico, sanitario, económico y filosófico; el drama dentro de este drama es el silencio de la Teología y más aún de los pastores de la Iglesia, que no comprenden que el Leviatán tiene un primer mandamiento fundamental e irrenunciable: no tendrás más dios que yo. No admite ningún otro dios más que a sí mismo como fuente de la ley, la libertad y el conocimiento, y ningún otro dios más que a sí mismo como fin de la admiración, la adoración y la obediencia incondicional de los hombres.

El mundo se ha precipitado en las tinieblas principalmente porque los que están llamados a ser la luz del mundo han decidido que, para ser solidarios con el mundo, no es conveniente perturbar su oscuridad. Sin embargo, la Iglesia tiene el derecho y el deber de iluminar a la gente, especialmente a aquellos que intentan resistir de forma enérgica y encomiable.

El libro del Apocalipsis suele considerarse un libro tabú, “poco fiable” por su

lenguaje simbólico. De hecho, ha habido muchas interpretaciones arbitrarias, pero esto no es motivo para descartarlo o despreciarlo en cuanto se menciona.

San Juan se exilia en la isla de Patmos, donde permanece hasta la muerte de Domiciano. Allí, en el día del Señor, recibe la magnífica revelación que nos ha sido entregada. El contenido sustancial, sobre todo a partir del capítulo 12, es el desvelamiento de un conflicto, una oposición radical entre la Trinidad divina y la “trinidad” diabólica (el dragón, la bestia que surge del mar y la bestia que surge de la tierra), entre la Mujer y el dragón, entre la Iglesia y Babilonia, entre el sello de los elegidos y la marca de la bestia. Los versículos 16-18 del capítulo 13, los que se refieren a la marca de la bestia, son particularmente importantes y han hecho correr kilómetros de tinta en los comentarios. Un enfoque que creo que es erróneo es tratar de descifrar esta marca *a priori* para poder reconocerla y evitarla; en realidad, al examinarla más de cerca, Juan adopta un enfoque diferente: proporciona una indicación muy clara para reconocer que esta marca, que en sí misma parece ser de otra naturaleza (“¡es un nombre de hombre!”), es en cambio la marca de la bestia.

Cuando veáis -parece decirnos el Apóstol- que nadie puede “comprar o vender sin tener tal marca” (13, 17), sabed que se trata de la marca de la bestia. En otras palabras, el poder de seducción de la segunda bestia (o falso profeta) es tal que no podréis reconocer su marca como propia; la consideraréis algo meramente humano, la confundiréis con algo particularmente útil, atractivo, incluso indispensable. He aquí, pues, que desde Arriba se nos da una señal inequívoca que nos permitirá reconocer esa marca como el signo de la disposición de la bestia a ser adorada (téngase en cuenta que el término “adorar” aparece cinco veces en este capítulo).

¿Y cuál es esta clara señal, que debe despertar de inmediato la atención y preparar la resistencia de los seguidores del Cordero? Es el hecho de que sin esa señal en la frente y en la mano derecha, no se puede hacer nada más. Cada vez que un poder terrenal se arroga el derecho de disponer de los cuerpos y las mentes de las personas, de admitirlas o excluirlas de la sociedad de los hombres, sea cual sea la justificación de este acto, sabed que ante vosotros no hay un poder y un conocimiento humanos, sino el de las dos bestias, que en última instancia son uno con el dragón y conducen a la adoración del dragón.

No es casualidad que los primeros comentaristas del famoso “número de la bestia” se inclinen por descifrar ese número con “Nerón César”, hasta el punto de dar lugar a la leyenda de *Nero redivivus*. Esto significa que en los primeros siglos existía una viva conciencia de que la gran prueba que atravesaría la historia de la humanidad,

alcanzando su clímax en los últimos tiempos, tendría el rostro de un poder tan totalitario que querría controlar a los hombres en todos los sentidos, invadir sus cuerpos e impregnar sus mentes, excluir a su antojo de la vida civil a quienes no tuvieran intención de aceptar la “marca”. Es un nombre de hombre, de un hombre, sin embargo, que reclama la adoración debida sólo a Dios.

El Apocalipsis revela que detrás de las estrategias financieras y sanitarias, detrás de las batallas legales y mediáticas, lo que realmente está en juego es otra cosa: se trata de decidir a quién queremos adorar; ante quién queremos postrarnos; a quién reconocemos el poder sobre nuestros cuerpos y mentes. No es una cuestión de vacuna, sino de idolatría.